

ARTE, AMOR Y TODO LO DEMAS

Los estrenos vistos desde el guardarropas

Una de caballos

O sea, la de Peter Shaffer, «Equus», que trata de un majara que le da por los caballos y no quiere estudiar ni hacer el C. O. U. ni nada, sólo despachar en una tienda y luego a cepillar los caballos en una cuadra y a limpiarles los dientes y hacerles

las uñas y sacarles las espinillas. Total, que se pasa el día haciendo caritas con un caballo y, claro, cuando le llega la de beneficiarse a una jai por su sitio, como está ordenado, que no le resulta y tiene un trauma, o sea, una inhibición, que gatillea mayormente, y en este plan todo el rato, y eso que la Goyanes se le pone en slip y con todo el corazón fuera, como cuando la operaron, si ustedes se acuerdan. Hasta que le da el ataque y el médico, que es López Vázquez y está muy serio toda la obra, y eso que es López Vázquez, sin quedarse en calzoncillos ni nada, el médico, te decía, lo coge

con una manta y le da una aspirina, que el otro se queda tan liso. Pues haber empezado por ahí, hombre, por el okal, en lugar de colocarnos todo el rollo. Y el público aplaudiendo en plan morbo, a ver, que el que más y el que menos ha pegado su gatillazo, y encima no tiene caballo.

UNA DE CURAS

O sea, «Galileo», de la Cavani, que es una jai que hace cine como si fuera ganchillo, en plan preciosismo, y le queda tal cual. Trata de la vida real de Galileo Galilei, que tiene una calle en Madrid, la calle Galileo, y que era un rojo de antes (o sea, no sé cómo tiene calle), pues vivía con una y le hacía hijos preconciarios, y luego daba clases en la Universidad haciendo propaganda subversiva con la cosa de la Luna, que le traía tan pirao como a los rusos —rojos también— y se saca él de la cabeza que la Luna se mueve, y la Tierra, y que en el cielo no hay personal, que se caerían, lo cual que le hacen un secuestro, una censura previa, un expediente periodístico y una cosa, le aplican el artículo dos de entonces y le pasean en burro-taxi como si fuera Torremolinos. Al final se arrepiente, o sea, que se rila, y los curas, que en el fondo son buenos, no le matan ni nada. A lo mejor, ya que sabe tanto de la Luna y las borrascas, le dan un empleo de hombre del tiempo, pero eso no sale. ■ LORD.

Perplejidad del godo

Las Islas Afortunadas, que así se llaman para el turismo las Canarias, están menos contentas de lo que parece. O tienen, por lo menos, más problemas de los que se cree. Y tienen, por otra parte, unas ganas enormes de solucionarlos y un montón de gente dispuesta a estudiar esos problemas. Esta es una de las primeras sorpresas que un godo peninsular se lleva allí.

La segunda sorpresa, la que será más traumatizante para muchos cineastas de la Península, es que esos problemas y esas inquietudes son expresadas en películas que realizan los «amateurs» de las islas. Así se ha comprobado en el IV Certamen «Día Universal del Ahorro», convocado por la Caja General de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife, que ha tenido lugar la pasada semana. Y la tercera sorpresa es que esas películas tienen de «amateurs» lo que muchos cineastas peninsulares de preocupación por sí mismos; es decir, nada. Al contrario, las películas canarias realizadas en Super 8 mm. (y en casos especiales en 16 mm.) son auténticas, completas, complejas e importantísimas películas que pueden (y deben) ser exhibidas por todo el país.

A los cineastas canarios a lo me-

LA HOGUERA INUTIL

DURANTE la guerra civil española, un grupo de revolucionarios esperaban ser pasados por las armas después de haber sido condenados a muerte; tras una dramática espera, por algún misterioso avatar de la guerra, se aplaza la ejecución de dos ellos, un anarquista y un socialista, que son trasladados en camión a otra prisión de menos siniestra catadura. Durante el viaje, el anarquista se felicita de su inesperada buena suerte, a lo que el socialista le responde: «Te advierto que este indulto nos puede perjudicar políticamente».

La cosa es verídica o como verídica me la ha contado quien conoció al nonagenario anarquista. Recordé la anécdota el otro día, viendo el «Galileo» de Liliana Cavani, película de muy bella plástica, bien ambientada en el privilegiado decorado de la Italia barroca. La vieja historia de Giordano Bruno y su hoguera, de Galileo y su retractación, de los inquisidores y su obtusa perfidia vuelve a ser contada con ese ánimo demoledoramente simplificador que las almas bellas de la progresía llaman «didáctico». A fin de cuentas, la película es peligrosamente ingenua como la observación que le hizo el socialista al anarquista en el camión que los alejaba de la muerte. No sólo se trata de que Bruno aparece soltando un discurso científico y materialista al gusto moderno que bien poco tiene que ver con lo que Bruno realmente pensó y dijo, y por lo que fue quemado; ni tampoco se trata sólo de que la relación polémica de Galileo con el sutil cardenal Belarmino o con el papa Barbarini y demás inquisidores se haya caricaturizado a gusto de los maniqueos huidos del «western», que han cambiado los vaqueros por los científicos y los indios por los cardenales. No, lo peor no es el falseamiento de esa abstracción equívoca, la verdad «histórica», a la que no hay que mirar como una vaca sagrada cuando la urgencia del hambre nos pide un buen filete. Lo realmente grave es que el «didactismo» a la Cavani viene a justificar, en último término, las hogueras y los inquisidores. Me explico. Si, por exigencias de la simplificación didáctica, se nos enseña que el Poder siempre intenta reprimir la Verdad, mientras que la Verdad siempre está en contra del Poder, uno podría pensar que lo malo de las hogueras e inquisiciones está en ser empleadas contra la Verdad, pero que no son malas en sí mismas. De tal suerte que, si alguna vez la Verdad llega al Poder, las hogueras en que se tuesten el Error y la Mentira serán cosa bendita y necesaria. Las ideas de Bruno eran tan fantásticas e improbables como las de sus perseguidores, lo que no excusa a éstos de haberle quemado por ellas; aunque el conocimiento humano hubiese decidido seguir a Belarmino y desacreditar a Galileo, el horror de su aplastamiento y de sus vejaciones seguirían sublevando a toda alma bien nacida. El problema de la inquisición no se plantea, como cree la Cavani y otros tantos, a nivel de verdad o error científico, sino a nivel de escándalo ético, de comunidad violada. No hay inquisiciones justificadas, aunque toda la ciencia del mundo las apoye y todos los hechos comprobables jueguen a su favor. Siempre tiene la razón quien no tiene la hoguera, aunque crea en la inmortalidad del cangrejo y en que la tierra es un dado de gomas-puma. Si no, la inútil hoguera de Bruno o Vanini, de las brujas, de Juana de Arco, de Savonarola, de Juan Huss, seguirá ardiendo inacabablemente, contra toda verdad verdadera. ■ SAVATER

del fichero de un cr

TEATRO

LA RESISTIBLE ASCENSION DE ARURO UI, de Bertolt Brecht.—El académico Camilo José de Cela no debería haberse metido a adaptar esta obra del judío Brecht porque lo que para el autor original era una prueba de su rencor (ante la espléndida subida de Hitler al poder), aquí no tiene sentido. Por otra parte, si algo hay discutible en aquella ascensión, ya no es repetible. Hoy, la corrupción en la política está descartada, bien entendido que sólo en países de raigambre y virilidad; si es posible, en cambio, en las corrompidas democracias occidentales donde todo es posible... y está siéndolo. Es una pena que esto no se matice en la representación madrileña.

LOS QUINCE REALES, de Jaime Carballo.—Hay grupos de teatro que se pasan. Y «Ensayo uno en venta» ha exagerado los límites de lo soportable al escenificar esta obra. Porque ya lo apoyan todo en el actor y el trabajo conjunto y en lugar de una entonación correcta del texto se dedican al mimo, a la canción, al baile, al humor, componiendo un espectáculo insólito y agresivo. Lo hicieron ya con «Anfitrión, pon tus barbas a remojar»

y lo repiten ahora destrozando el sentido clásico del teatro y su espíritu conservador.

¿POR QUE CORRES, ULISES?, de Antonio Gala.—Otra cosa muy diferente es esta obra de Gala que se propone nada menos que desmitificar ese personaje tan fundamental en la vida moderna: Ulises. La desmitificación llega enérgica y descubrimos, en lugar de a un semidiós, a un mal padre de familia y a un pésimo esposo. ¡Cuánta gracia, imaginación y desenvoltura tiene Gala cuando, como en este caso, escribe obras de urgente actualidad y de enorme fuerza dialéctica! ¡Cuánta picardía y gracejo! A partir de ahora, Ulises ya no será lo que era. Y una obra que discute a Homero tiene su importancia histórica. Nada menos que eso.

CINE

MADRID

MI HERMANO ANASTASIA, de Stefano Vancina.—Un ingenuo sacerdote italiano es hermano de un famoso gangster de Chicago, pero el sacerdote no conoce el «oficio» del hermano. Este inteligentísimo planteamiento da pie a una serie de situaciones increíblemente comiquísimas, que acaban